

La Lectura Popular



UN MAL PENSAMIENTO

I

AS carcajadas se oían á tres kilómetros.

Era Don Torcuato, que, arrellanado en la puerta de la botica, con la pipa en la boca y el gorro turco sobre las cejas, tentaba la paciencia de Felipillo el sacristán del pueblo, vomitando disparatadísimas impiedades.

Es de advertir que las impiedades en boca de Don Torcuato eran siempre fruta fresca. Boticario viejo y cínico, educado en el más refinado materialismo, en punto á ideas religiosas, D. Torcuato era un salvaje perfecto.

Además, hacían coro á sus chocarrerías el médico que era tuerto, el albeitar que era cojo y el secretario del ayuntamiento que con tener dos ojos y dos pies, en su vida había visto claro ni andado derecho.

Cada vez que el infeliz sacristán tenía necesidad de ir á la botica á comprar unguento para que la hermana del cura se renovase los parches de la frente, ya estaba la gresca armada, y el cura había de pagar los vidrios rotos.

El domingo anterior, el pobre párroco que era muy sencillo, había predicado contra los malos periódicos.

«Hijos míos dijo á sus feligreses, por Dios os pido que no leáis esos papeles que andan por el pueblo y que no parece sino que están impresos en el infierno. Mirad hijos míos que todos esos periódicos impíos que se llaman *libre-pensadores* no son sino lazos de Satanás para cazar las almas de los hombres sencillos. El *libre-pensamiento*, hijos míos, no es otra cosa que la rebelión de la razón humana contra la Razon divina; aquella rebelión que encendió el infierno con la caída de Luzbel, primer libre pensador de la creación. ¿Y creéis vosotros, hijos míos, que los pensamientos libres sobre ser un pecado para el alma no son un peligro para el cuerpo? Pues yo os di-

go que un pensamiento escapado del yugo de la ley de Dios, que es la Verdad Eterna, es peor que un toro del Jarama; pues si un toro suelto puede matar una ó dos personas, un solo pensamiento malo podría acabar con un pueblo entero.»

Don Torcuato que había asistido al sermón sin más objeto que burlarse de-



predicador salió apretándose los hijares.

Aquella noche hubo en la botica sesión extraordinaria: las puyas y los comentarios picarescos se sucedieron sin interrupción y, tanta fué la algazara, que Camilito el sobrino del boticario que picaba goma arábica en la rebotica, dejó la mano del mortero y asomó también la cabeza por la ventanilla del obrador.

II

Camilo era un muchacho educado en la aldea próxima por una hermana del boticario muerta en la pobreza. Era feo; con la cabeza muy gorda y las manos con unos sabañones inflamados que daban á cada dedo el aspecto de una salchicha. En cambio era bueno de alma y había recibido una educación cristiana.

El boticario, rico y solterón, no teniendo otro heredero que el sobrino, se lo trajo para hacerle pagar la herencia por adelantado obligándole á echar las enjundias en el mortero mientras respiraba las amarguras de la quina calisaya y otras drogas de mal olor.

El muchacho llevaba sus penas con paciencia y pasaba la semana pica que pica.

Los domingos iba á confesarse con las narices hinchadas.

—¿Qué tienes, hijo mio? le preguntaba el Cura.

—El maldito euforbio me ha hecho estornudar mucho esta semana; pero aun me amarga más el acibar; el día que la pico tengo ya hiel en la boca para tres meses.

—Acuérdate de la que le dieron á Nuestro Señor Jesucristo; más pasó él por nosotros; ten paciencia, hijo.

Y Camilo tenía paciencia porque tenía fe.

Su madre le había enseñado á mirar las penas de este mundo como peldaños de la escala que conduce al otro.

«Hijo mio, le había dicho; cuando se te claven las espigas del dolor, piensa que á este mundo no hemos venido á gozar, sino á perfeccionarnos.»

«Cuando te veas obligado á sufrir cosas repugnantes, acéptalas con alegría por amor de Dios y piensa que Dios te lo pagará.»

Camilito lo hacía así al pié de la letra y su existencia fué deslizándose sobre las asperezas de su tío, como arroyo manso sobre lechó de gujarros.

¡Pueden tanto las buenas ideas, para conservar la paz del alma!

Por todo el oro del mundo no hubiera cambiado Camilo sus esperanzas del cielo, dónde confiaba volver á ver á su madre.

Pero una noche, la noche que asomó la cabeza por el ventanillo del obrador, encontró abiertas las puertas del infierno.

Aquella noche, las risas de los contertulios de la botica, le llamaron la aten-

ción. Él, nunca se había fijado en las conversaciones con que mataba el ocio aquel nido de alacranes. Pero aquella vez le picó la curiosidad; cedió á ella, y acto continuo, le picaron los alacranes.

Dios le castigó por curioso como á Eva y le arrojó del Paraiso hecho un Adán.

Del papel de serpiente se encargó su tío.

Hemos dicho antes, que el sermón del Cura contra el libre-pensamiento dió ocasión á una sesión divertidísima en la tertulia del boticario.

D. Torcuato, echó en ella el resto y dando al traste con todo miramiento comenzó á hablar contra la religión, de tal manera, que su boca se convirtió en un ariete.

Voltaire, Rousseau, Renan, cuantos autores impios y blasfemos habia leído durante su vida larga y mala, todos salieron á rodar y le suministraron contingente para acabar con la poca fé que podía quedar al auditorio.

Camilo se quedó con la boca abierta. Nunca habia escuchado argumentos como aquellos.

¿Será posible? pensó entre sí. ¡La religion una mentira!!

Inmediatamente sintió que le venía á la boca todo el acibar que habia picado en los dos años que llevaba con su tío.

¿Con que es mentira lo que me dice el cura? ¿Con que no es verdad lo que me decía mi madre? ¿Con que no hay cielo? ¡No hay cielo, Dios mio! y yo paso mi vida sufriendo el purgatorio, y luego nada... nada, como dice el tío *Vueltoalairé*.

Aquella noche, Camilo, no pudo dormir. Encerrado en el cuarto contiguo al obrador, donde tenía la cama, parecía que las paredes se le venían encima.

Mil fantasmas monstruosos cruzaron por su imaginación.

Parecióle que veía á su tío con una barriga muy gorda que se reía de él y de su fé cristiana, mientras apuraba la copa de todos los placeres.

Él, entretanto escualido, escualido, apenas tenía caderas para ceñirse los pantalones.

Su tío reía y él lloraba.

Su tío gozaba la dulzura de las riquezas y él pasaba la semana picando acibar.

Después, la vida de ambos se iba acabando; la una en el placer, en la risa, entre la satisfacción de todos los apetitos, y la otra en el sufrimiento, en el trabajo, entre las privaciones de la pobreza.

Después veía una sombra muy negra, ya sombra del sepulcro, que les cubría á ambos y ambos quedaban iguales.

Camilillo se apretó la frente entre las

manos para sacudir la pesadilla, pero no pudo.

Parecióle que alguien le decía: ¿Ves? Eres un necio. Tú tambien podías gozar. Y que luego, hablándole al oído de sus derechos hereditarios, le cogía la mano y le mostraba todos los venenos que guardaba su tío en los *ojos* de la botica.

Camilo lo comprendió todo. Aquello era la tentación; pero la rechazó con firmeza. ¡él era cristiano!

La tentación sóltó otra vez la carcajada y Camilillo creyó ver en aquel momento un viejo que le hacía muecas y que, sin duda, debía ser el tío *Vueltoalairé*.

Entonces, desesperado se levantó; se dirigió á los ojos de su tío (es decir, á los de la Botica....) y ya no supo lo que se hizo.

III

Al dia siguiente, la tertulia de los alacranes celebraba, con no sé qué motivo, una de sus acostumbradas cuchipandas.

El huerto de D. Torcuato era el lugar elegido para la juerga.

Camilillo, se había quedado en cama con una fuerte fiebre y nadie pensaba en él.

De repente, cuando los convidados acababan de vaciar por cuarta vez el contenido de una enorme bota, he aquí que aparece en la puerta del obrador el benditísimo muchacho, en calzoncillos blancos, con los pelos tiesos y con una cara que parecía un cangrejo acabado de cocer.

—Tío de mi alma, exclamó, arrojándose á los pies de su tío. ¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón!

Los convidados creyeron que se había vuelto loco.

—¡Perdón! ¡perdón! seguía gritando Camilo.

—Pero, ¿qué quieres que te perdone? gruñó el boticario.

—Que esta noche he tenido un mal pensamiento y he echado veneno en el vino que acaban ustedes de beber.

Dejo á la consideración de mis lectores lo que allí se armaría.

Como un solo hombre, se irguieron todos los alacranes para arrojarse contra Camilo.

—¡No! ¡no! gritó el médico contentiéndose: ¡no tocarle! ¡dejadle! que nos diga qué veneno ha puesto.

Pero.... Camilo se había desmayado.

Entonces se desarrolló en la Botica una escena indescriptible: quién se dirigía á un frasco; quién á otro; quién se echaba al colete una libra de aceite de ricino; quién introducía los dedos en la garganta hasta tocarse la campanilla.

El albeitar se fué á la cuadra, buscó una pluma de pavo y se la metió hasta el estómago.

El médico y el boticario se atiborraron de hipecacuana.

Pero á los pocos momentos, todo el mundo comenzó á sentir terribles dolores y entonces fué la más gorda. Unos lloraban, otros gritaban, otros se daban contra las paredes.

La botica se llenó de gente.

El Cura acudió tambien.

—Pero, ¡señores! ¿qué es esto? ¡Calma! ¡Calma!

—¡Señor Cura! ¡Señor Cura, qué desgracia! ¡Todos envenenados!

—Pero, pongan en seguida remedio.

—¡Impósible! Ni siquiera sabemos qué veneno es.

En efecto; por más que á Camilo le metían papeles quemados por las narices, no volvía en sí.

Entonces, el Cura fué llamado á un rincón de la rebotica y empezaron á vaciarle sacos.

¡Qué sacos!

El de D. Torcuato se reventaban por las costuras.

—¡Me muero! decía mientras lo abocaban.

—¡No lo querrá Dios! D. Torcuato, Tenga usted confianza. Dios es muy misericordioso decía el Cura.

En aquel momento Camilo abrió los ojos.

Todo el mundo se precipitó sobre él.

—¿De dónde has tomado el veneno? ¿de donde? dí, dí....

—De allí, dijo Camilo, señalando al armario.

—Pero, ¿de qué bote?

—De aquel.

Entonces sonó una estrepitosa carcajada. El frasco contenía.... jalapa.

Camilo, sin darse cuenta de ello habia purgado á los alacranes para todo lo que les quedaba de vida.

Escusado es decir que fué necesario sacarlo inmediatamente de casa de su tío para que éste no lo picase en el mortero.

IV

Al dia siguiente era domingo.

El Cura, como de costumbre, subió al púlpito y echó su sermoncejo.

«Hijos míos, por Dios os pido que no leais esos papeles que andan por el pueblo y que no parece sino que están impresos en el infierno. Mirad, hijos míos, que todos esos periódicos impíos que se llaman *libre-pensadores*, no son sino lazos de Satanás para cazar las almas de los hombres sencillos.»

¿Y creéis vosotros, hijos míos, que los pensamientos libres, sobre ser un pecado para el alma no son un peligro para el cuerpo? Pues yo os digo que un pensamiento escapado del yugo de la ley de Dios, que es la Verdad Eterna, es peor que un toro de Jarama; pues si un toro sucio puede matar una ó dos personas, un solo pensamiento malo podría acabar con un pueblo entero.»

Al terminar el sermón nadie se rió.

D. Torcuato que lo había escuchado, salió con la cabeza baja.

Acababa de comprobar en sí mismo la exactitud de la tesis.

ADOLFO CLAVARANA.

EL DEBER Y LA PASION

(FRAGMENTO)

¿Como sucede, que el hombre con tanta facilidad abandone y haga traicion á ese deber que se le presenta con una evidencia tan imponente, y al cual es tan noble y tan honroso el obedecer, y tan vil y bochornoso el rehusar prestarle servicio?

Es que no está solo en el corazon del hombre, y que al lado suyo, desde el primer momento, se halla sentada la pasion; la pasion, rival encantadora, pero insidiosa y falaz. ¡Oh! ¡cuán presto nace en el corazon del hombre!... ¡Y cómo se manifiesta en él desde los primeros instantes bajo sus más refinadas formas!

Una niña de cuatro años se había regocijado mucho á la llegada de un nuevo hermanito, le había cubierto de besos y caricias, repetía veinte veces al día que le quería mucho, y más aun, quería verle sin cesar... Despues de algun tiempo advirtió que los tiernos cuidados de su madre, sus brazos, su corazon su preocupacion constante, todo era para el recién venido, disminuyendo los favores para con ella á medida que aumentaba para con él... Su carita empezó á tomar un tinte sombrío, sorprendieronla dirigiendo al pequeño enfajado miradas de cólera... y como un día su madre le abrasase delante de ella con esos trasportes de amor que conocen todas las madres, la pequeña, pálida y convulsa dijo á su madre: «¿Per... no se va á morir pronto Fernandito?» La envidia brotaba á borbollones en aquella alma de cuatro años; la envidia que parece reservada para otra edad, más deprendida de los sentidos. Así nacen en el hombre con la sangre y con el pensamiento todas esas formas diversas y sucesivas de la pasion, y ella es la que va á entrar en lucha con el Deber. Se ha notado hace mucho tiempo que

desde su primera embestida la pasion ha revelado toda su táctica. Y los predicadores han mostrado en el cuadro de la primera batalla del hombre contra ella el resumen de todos nuestros combates.

Observan dichos predicadores que Eva estaba ociosa... La Sagrada Escritura nada, en verdad, dice acerca de esto, y bien podría perdonársele á nuestra primera madre tal ociosidad. Su despensa no le exigía trabajo ni cuidados, y mucho menos aún su guardarropa.

Observan además que se paseaba sola. Tampoco acerca de esto dice la Sagrada Escritura; y aquellos paseos aun solitarios estaban bien exentos de peligros, puesto que no podía encontrarse con nadie más que con su marido. Me retracto; podía encontrarse con alguien más.

De hecho, se encontró con la serpiente. Aquí, señores, la semejanza llega á ser admirable. ¡La serpiente es la pasion!

La serpiente le inspira el pensamiento del mal. «¿Por qué, le dice, no coméis de todos los árboles del Paraiso?»

Eva responde con plena resolucion: «Comemos de todos los árboles del Paraiso, excepto de uno solo, el árbol que está en medio del Paraiso; Dios nos ha prohibido comer de ese árbol y aun tocarle, no sea que muramos. «He aquí la afirmacion del Deber, clara, neta, sin vacilaciones, sin dudas. Os ruego que lo notéis bien: el mal se presenta al espíritu, y el espíritu en seguida le reconoce. ¡Es él, es el mal! Yo no puedo hacer el mal.

«De ningun modo morireis,» replica la pasion. Respuesta oblicua, impertinente, que toma la cuestion de soslayo, y desflorándola apenas la deja toda entera en pie. Porque en fin, importa poco saber si morirán ó no morirán, lo que importa saber es si pueden ó no pueden comer del fruto que Dios les ha prohibido. Y aprovechándose de la desorientación que una respuesta de ese género produce siempre en el espíritu, prosigue la pasion diciendo: «Lejos de morir se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal...» ¡Ah! ¡he ahí las promesas de la pasion siempre mentirosas!... ¡Es falso lo que afirmas! ¡es falso!

Eva no responde; mas pensativa, atraída por el encanto de lo desconocido que se le anuncia, agitada por el deseo que siente despertarse en su corazon, inquieta ante la lucha que se libra en su alma, contempla el sonriente fruto que pende del árbol. Le parece bello á sus ojos y deleitable á su mirada, *pulchrum oculis, aspectuque delectabile...* La coge, y come de él. Y en seguida, sin intervalo, con el mismo

movimiento de su brazo, *deditque viro suo qui comedit*, se le da á Adán, que tambien come á su vez. Os pido que os fijéis bien en este último rasgo; hay en él una revelacion magnífica de la naturaleza humana. Necesita un cómplice para asegurarse con la solidaridad del crimen, *deditque viro suo qui comedit*.

Luego sobreviene la desnudez inmediata y fatal... se abren sus ojos. Aquel mal que debía revestirles de gozo les ha dejado desnudos y con un gran vacío en el alma, corren avergonzados á ocultarse... En cuanto á la serpiente, á la pasion, ha desaparecido, se ha evaporado... ni siquiera les queda el recurso de echarle en cara su mentira y su perfidia... Solo queda el Deber en pie, frio, tranquilo en su luz inalterable: «Habeis obrado el mal, y sabiais que era mal.» Y la escena prosigue grandiosa y solemne entre los rebeldec y Dios que se pone de parte del Deber.

Victor Van Tricht.

¿EXISTE LO INFINITO?

Desde que tengo razón,
Siento en mi pecho crecer
Un constante padecer,
Una eterna desazón.

Buscando voy sin cesar
Algo que me dé consuelo,
Pero en la tierra, mi anhelo
Jamás lo pudo encontrar.

Ni placeres, ni riquezas,
Ni el honor, ni la hermosura,
Ni hasta la amistad más pura
Logran vencer mis tristezas.

Todo para mí es finito,
Nada me da eterna calma,
Solo conozco que el alma
Tiende siempre al infinito.

En esto el sufrir consiste;
Más aunque vivo penando,
No he de exclamar blasfemando
Que el infinito no existe.

Ni porque vea en el suelo
Empañar la caridad
Del bien, justicia y verdad,
Que no brillan en el Cielo.

Porque el inmenso poder
Del que los orbes creara,
No pudo hacer, deseara
Quien no pudiese obtener.

Que si tras tanto disgusto
Como se sufre en el suelo,
La nada fuera el consuelo,
Dios no podría ser justo.

Y el hombre por El creado,
Con miserias siempre en guerra,
Si acabara acá en la tierra,
Fuera el ser más desgraciado.

Mas no, que del mal en pos
Brilla la dulce esperanza
Que lo infinito se alcanza;
Porque lo infinito es Dios.

J. E. de O.

Labor de locos

No tiene otro nombre la que el liberalismo está haciendo en todas las cosas pero muy especialmente en la represión del anarquismo.

Hace brevísimos días el tristemente célebre anarquista Salvador, moría en el patíbulo blasfemando y persistiendo en sus errores anarquistas, con una obcecación á prueba de garrote.

Su conversión había sido falsa.

Dijo públicamente que solo se propuso ver si escapaba de la muerte y probó hasta el último momento tener la locura anarquista estereotipada en su cerebro.

Pero ¿quién enseñó á ese infeliz los disparates sociales y religiosos que le condujeron á tan triste fin?

No hay una persona medianamente cuerda que nó conteste en el acto «la prensa impía, la seducción oral y escrita que libremente se ejerce al amparo de la libertad de blasfemar.»

Pues bien; mientras el reo Salvador moría víctima de su ateísmo práctico, casi en el mismo día, casi á la misma hora, el director de *Las Dominicales del libre pensamiento* recibía un veredicto de inculpabilidad y salía libre y sin costas del proceso que á instancia de la «Asociación de Padres de Familia» se había seguido contra él por dos artículos contra la religión.

Es decir que á la misma hora que el liberalismo estrujaba el cráneo de Salvador por haber fructificado en él doctrinas ateas, declaraba libre la mano que las siembra para que pudiese continuar su criminal tarea.

¿Qué nombre tiene esto?

Triste espectáculo

Lo dieron días pasados en pleno congreso dos ministros de la corona; el uno manifestando que ignoraba que la masonería estuviese condenada por la Iglesia porque, según dijo, *no estaba obligado á saber todos los decretos de la corte Pontificia*; y el otro declarando que había sido mason pero que cuando supo que la Iglesia condenaba la masonería se *salió de ella*.

Esta broma del Sr. Sagasta hizo reír mucho á la gente.

Pero aunque el Sr. Sagasta hubiese hablado en serio también había para reír.

Ó mejor dicho para llorar.

¡Ahí es nada!; dos ministros católicos enterarse de que la masonería está condenada á los 150 años de venir declarándolo la Iglesia por boca de ocho Pontífices.

Una de dos: ó ambos ministros se burlaron de todos los católicos españoles ó dieron pié para que todos los católicos españoles se burlasen de ellos.

Porque si hablaron en broma su manifestación fué un escándalo.

Y si en serio, una vergüenza.

De todas maneras el espectáculo no pudo ser mas lastimoso.

Más Dios consiente sin duda estas cosas para que acabemos de conocer á los liberales.

¡Poco á poco!

—¡Poco á poco!—dirá alguno,—hay betunes y betunes; no todos los pardidos liberales son capaces de....

—¿De que? de caerse del lado de la masonería? Pues pregúnteselo usted á Morayta Gran Oriente de la secta y el le contestará á usted con el siguiente párrafo de la carta que acaba de publicar en *El Globo* donde se descubre la conducta que los liberales mansos han seguido con la secta.

Dice así:

«.....¿por qué el señor Romero Robledo, cuando fué ministro, respetó la legalidad de la masonería, consintiendo que ésta viviera tan á la luz del día, que sólo el Oriente Español tenía entonces diez periódicos, exclusivamente masónicos, para propagar sus doctrinas y dar cuenta de sus actos?»

«El Sr. Romero Robledo olvida también que allá en los días inmediatos á la restauración cuando la policía tenía orden de perseguir cuanto pudiera oler á conspiraciones fué allanada por unos sabuesos una logia y, llevados veintitantos ó más que en ella estaban al gobierno civil, y que habiéndose presentado una comisión á decirle al señor Romero Robledo lo que sucedía, en el acto ordenó que se pusiera en libertad á todos aquellos masones sorprendidos *in fraganti* masonería, mandando además que no se diera parte al juzgado.

«Tampoco recuerda que, años más tarde, y siendo él ministro de la Gobernación y presidente del Consejo el señor Cánovas, sorprendida allá en Puerto-Rico una logia, se formó causa á cuantos en ella se hallaban, y que la Audiencia resolvió, que siendo la masonería una religión y tolerando la Constitución de 1876 todas las religiones; mientras éstas no se manifestasen por actos exteriores, lo cual no había sucedido en el caso en cuestión, se debía absolver, como en efecto se absolvió, á todos los procesados.

«También sucedió, mandando los señores Cánovas y Romero, que haciendo caso de una delación falsa, la guardia civil penetró en una logia de Cataluña, y hallando en ella algunos objetos extraños y entre ellos algunas espadas, cerró el local y dió parte al gobernador; quien mandó, tan pronto como se enteró del caso, que en el acto se devolviera la llave de la logia en cuestión á los masones propietarios, con todos los enseres y espadas en ella existentes.»

Conque ahora díganme Vds. si en punto á hacer traición á Cristo son mejores los liberales mansos que los fieros.

Otra y van tres

La Correspondencia de España ya saben Vds. que es una periódica muy modosa y comedia, tanto que, no faltan piadosos cristianos que están suscritos á ella y la leen con muchísimo gusto, porque dicen que..... no tiene nada de particular.

Pues en efecto; si para muestra basta un botón allá va la botonadura completa que ese *chaleco* liberal ha sacado á relucir con ocasión de las burlescas declaraciones antimasonicas del Sr. Sagasta y por ella verán ustedes lo que dá de sí el tal papelucho.

Empieza echando caritativamente su capa sobre las desnudeces de la vida pasada del Sr. Sagasta, verdadero Noé del liberalismo, embriagado con el zumo de las uvas revolucionarias y exclama para cohonestar sus antecedentes masónicos:

«Habrá muy pocos hombres políticos en nuestro país, de los que combatieron en aquellos revueltos tiempos, que no hayan

sido individuos de alguna logia, como hay muy pocos varones que no hayan tenido de niños el sarampión (*¡No tienes tu mal sarampión!*) y de jóvenes novia.» «Por esto resulta pueril hacer estos cargos retrospectivos.»

«La masonería no tiene hoy la importancia ni la significación que tuvo en otros tiempos.»

«El Sr. Sagasta estaba ayer en un terreno firme y por eso obtuvo un triunfo donde sus adversarios imaginaban que iba á tener terrible caída.»

«LA PILA DEL AGUA BENDITA ESTÁ MUY BIEN EN LA ENTRADA DE LA IGLESIA Ó EN LA CABECERA DE LA CAMA, PERO QUERER PONERLA EN LA PUERTA DEL CONGRESO, ES UNA INSENSATEZ QUE NO PUEDE MENOS DE PRODUCIR EFECTOS CONTRAPRODUCENTES.»

¡Ah hipócrita Celestina! ¿Con que el agua bendita ha de estar en la Iglesia ó en casa pero en el Congreso nó? ¿Con que Cristo ha reinar en todo menos en las leyes?

Eso es lo que tú y todos los de tu cuerda quereis; encerrar el agua bendita en la Iglesia para dejar la política franca y á disposición del Gran Arquitecto del universo. Como que ahí es donde él hace su agosto y puede á sus anchas disponer de todas las fuerzas de la nación para realizar sus infernales trabajos de desecristianización social.



—Huye demonio quita
No me hagas nada
Que tengo agua bendita
Junto á la cama.
—No te vale eso
Yo soy de los que anidan
En el Congreso.

A LA PURISIMA CONCEPCION.

Purísima Concepcion
Madre del Verbo Divino,
Como en años anteriores
De nuevo á Vos recurrimos.
¡Librádnos, Señora nuestra!
¡Librádnos de tanto pillol!
Que no se puede vivir;
Que son muchos los peligros;
Que se nos llevan el pan;
Que pervierten nuestros hijos.
¡Señora! ¡Por compasión!
Pedídselo á vuestro Hijo.
Basta ya de liberales;
Es muy fuerte este castigo.

ADOLFO CLAVARANA.

LA LECTURA POPULAR
Administración, Hostales 14, — Orihuela.